

creencia de que sus infalibles declaraciones tienen un origen marcadamente análogo.

Estas ideas traen consigo un nuevo desenvolvimiento. Cuando el espíritu de un enemigo ha entrado en el cuerpo de un hombre, ¿no puede perseguirse? ¿No puede amedrantarsele ó sacarle del cuerpo? Si no se puede obtener este resultado de otra manera, ¿no se puede alcanzar un socorro sobrenatural? Si hay personas que estén por su desgracia poseidas por los espíritus del mal, mientras que otros por gran fortuna lo están por espíritus bienhechores tanto ó más poderosos que los primeros, ¿no es posible con el auxilio de los espíritus buenos deshacer el mal que hagan los malignos, ó vencerles y cazarles? No hay duda que puede inferirse de una manera racional esta posibilidad. De aquí el exorcismo.

Junto con la creencia de que los desarreglos del espíritu y del cuerpo son producidos por los demonios que se introducen en los individuos, existe en todas partes la creencia que se pueden perseguir estos demonios, con ó sin el concurso de los demonios superiores. El salvaje hechicero es desde luego exorcista. Rowlat nos enseña que los Michmis, en caso de enfermedad, envían un sacerdote para que saque el mal espíritu; el mismo uso se encuentra en multitud de casos de una manera implícita ó explícita. Cuando no se acude á la asistencia de un agente sobrenatural amigo, el método al cual se recurre consiste en hacer vivir de una manera tan desagradable al paciente, que el demonio renuncia á permanecer en él. En algun caso se adoptan medios más heroicos para llegar á este resultado; por ejemplo, segun Mardsden, los habitantes de Sumatra, en caso de locura, ensayan una manera de alejar el espíritu que consiste en encerrar el loco en una choza, pegarle fuego y dejar que se escape por donde pueda. Otros medios extremos de los cuales se ha hablado, tienen tambien probablemente por objeto el aburrir el intruso. Entre otros hay el de hacer comer al paciente manjares irresistibles y hacerle experimentar olores insoportables. Algunas veces el exorcista prueba de hacer miedo al malvado huésped por medio de ruidos, gestos y muecas horripilantes. En las tribus californianas «el doctor se agacha delante del paciente á manera de perro, y ladra como si lo fuera durante algunas horas.» Un doctor Koniaga hácese auxiliar por una mujer que gime y aulla. A estos medios se añade algunas veces la fuerza física. Entre los Okonagans, el hombre dedicado á la medicina se esfuerza para sacar el espíritu maligno del cuerpo del paciente, hundiéndole con toda su fuerza sus dos puños cerrados en el hueco del estómago. Puede

tomarse como tipo de las operaciones de esta índole la que atribuye Herrera á los Indios de Cumama:

«Si la enfermedad va en aumento, dicen que el paciente se halla poseido por más de un espíritu, entonces golpean todas las partes del cuerpo, hacen uso de las palabras mágicas, lamen y chupan ciertas coyunturas, dicen que sacan los espíritus, toman una varilla de cierto árbol cuya virtud no conoce nadie más que el médico, y se sirven de ella para hacerle cosquillas en la garganta hasta hacerle vomitar y sangrarle; sollozan, rugen, tiemblan, patean, hacen mil muecas, sudan muchas horas durante la operacion, y por fin se procuran una especie de flegma espesa en la cual se encuentra una pequeña bola dura y negra que los parientes más próximos del paciente han sacado del cuerpo, diciendo: «Diablo, vete.» Pero en la forma más clara de exorcismo se sirven de un demonio para sacar otro. El hechicero ó sacerdote vence el demonio localizado en el paciente con la ayuda de otro demonio que posee, ó bien llama en su auxilio un poder sobrenatural bienhechor.»

Sabido es que el exorcismo, bajo esta última forma, prolonga su asistencia durante los tiempos civilizados. Los Hebreos, en los primeros tiempos de su historia, recurrían á cualquier medio físico de igual naturaleza de los que hemos visto empleados por los salvajes; por ejemplo, producían olores insoportables quemando el corazón y el hígado de un pescado. Gracias á este exorcismo enseñado por el ángel Rafael, pudo sacarse el demonio Asmodeo que huyó á Egipto desde el momento que sintió el mal olor del humo. Pero más tarde, como por ejemplo en los exorcismos de Jesús, los medios físicos fueron reemplazados por los efectos de una fuerza sobrenatural superior. Forma de exorcismo que existe aun en la Iglesia Católica y Romana, que posee exorcistas creados en virtud de una orden especial, que estuvo en práctica en la Iglesia de Inglaterra hasta 1550 que se exorcisaban criaturas antes de bautizarlas. Decían: «Te mando, impuro espíritu, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que salgas y dejes esta criatura.» Se ha continuado con la práctica del exorcismo por lo ménos hasta 1665. En esta época existió un eclesiástico llamado Ruddle, á quien el obispo de Exter habia autorizado para practicar el exorcismo, quien se jactaba de haber logrado apaciguar un espíritu que agitaba á una mujer haciendo uso de los medios que servían para mantener relaciones con los demonios, el círculo mágico, el pentacle, etc. (1). No es

(1) *Glimpses of the Supernatural*. Vol. 1, p. 59-69.



esto todo. En la Iglesia se conservó, hasta despues del establecimiento del protestantismo, la costumbre de exorcizar el agua destinada al servicio divino, costumbre que supone la creencia primitiva de que los enjambres de demonios invisibles volteaban siempre alrededor de las gentes.

En este, como en otros casos, podemos descubrir la naturaleza del agente sobrenatural. Los espíritus malignos que molestan á los seres vivientes para maltratar sus cuerpos, difieren poco de los que lo hacen con el objeto de poseionarse de su cuerpo. El ejemplo que hemos citado más arriba demuestra claramente que el sosiego de los espíritus y el exorcismo de los demonios, no son más que modificaciones de la misma cosa. El Amazulu nos presenta una y otra bajo formas que no pueden distinguirse. Canon Callaway, refiriéndose á una mujer á la cual perseguía el espíritu de su marido, nos dice: «Si está atormentada por haber vivido con otro hombre, prescindiendo del requisito matrimonial, si ha abandonado á los hijos de su marido, el espíritu de éste la sigue y le pregunta, ¿á quién habeis dejado mis hijos? ¿A qué vienes aquí? Vuelve al lado de mis hijos, ó sino, te mataré. De pronto el espíritu se calma en ese pueblo porque atormenta á una mujer.» Naturalmente, á medida que la civilizacion progresa, las ideas y los métodos van diferenciándose, de suerte que, mientras los espíritus malignos, propiamente considerados como enemigos, se someten á obedecer y se conjuran, los considerados como menos malhechores se sosiegan ejecutándose lo que piden. Pero, ya que las palabras, aparicion, espíritu, demonio, diablo y ángel tienen por su origen el mismo sentido, podemos deducir que el acto que viene á ser al fin la expulsion de un demonio, ha sido en su origen la expulsion del duplicado malhechor de un hombre muerto.

La potestad que los exorcistas tienen sobre los espíritus toma mayor importancia y sirve para otros fines. Un hechicero que ayudado por los espíritus bienhechores expulsa espíritus malignos, se pregunta naturalmente si no podría utilizar el mismo auxilio para otros fines. ¿No podría, mediante su auxilio, vengarse de sus enemigos ú obtener resultados que no podría alcanzar de otro modo? Tan pronto se cree esto posible, la hechicería existe.

Entre los Cafres encontramos un ejemplo de esta creencia. Piensan que los cadáveres vuelven á la vida por la accion de malas personas, y que se convierten en duendes, de que se sirven para hacer mal.» Encontramos con este hecho la identificación directa del demonio familiar con el hombre muerto. Cuando leemos en la *Polynesia* de Ellis que los Tahitianos creen que la enfermedad y la muerte son producto de los encantamientos de los sacerdotes, que

solicitan de los espíritus malignos su entrada en el cuerpo de los enfermos; ó cuando ménos que los Australianos achacan la mayor parte de los males al poder que las tribus enemigas poseen sobre los demonios que infestan todo el país, reconocemos la misma idea formulada de una manera ménos especial. Los autores judíos «definian el nigromántico diciendo que era un hombre que ayunaba y pasaba la noche entre tumbas á fin de adquirir el espíritu del mal,» signo de una creencia análoga á una de las primeras razas históricas. En fin, comprendemos la relacion que une estas formas originales de la idea á las formas derivadas que han sobrevivido en los pueblos más civilizados.

Las operaciones del hechicero que tienen por primordial objeto la adquisicion de una potestad sobre un sér viviente y por secundario (pero que acaba por ser el primordial) la adquisicion de una potestad sobre las almas de los muertos, ó sobre los agentes sobrenaturales concebidos bajo otra forma, ambas operaciones tienen por guía una nocion cuyo estudio es muy instructivo.

Hemos probado ya que antes del progreso de análisis, se creía que la potestad especial ó propiedad particular de un objeto, residia en todas sus partes y que se podía obtener apoderándose en una parte de este objeto. Hemos visto los efectos de esta manera de pensar; todavía hemos de dar nuevos ejemplos. En apoyo de la idea de que uno se apropia las cualidades de un individuo al comérselo, citaré lo que Stanbridge dice de los Australianos: cuando matan un niño hacen comer parte á otro de edad más avanzada, creyendo «que cuanta más cantidad de él coma la criatura tanto más adquirirá la fuerza de dos personas.» En otros puntos se come á los parientes muertos en conformidad á una creencia análoga, hecho notable en apoyo del cual puedo citar dos testimonios. Los Cucamos, dice Garcilaso, «tan pronto como muere uno de los parientes se reúnen y se lo comen asado ó hervido, segun se halle flaco ó gordo.» Wallace escribe que los habitantes de ciertos pueblos vecinos, los Tarianos y los Tucanos, que beben las cenizas de sus parientes, «creen que ese brevaje les trasmite las virtudes del difunto.» Otra raza de la misma familia, los Arrauaks, nos dice Waitz, considera como «el más honroso tributo que pueden pagar á los muertos, beber la ceniza de sus huesos disuelta en agua.» Una costumbre de los Koniagas, pescadores de ballenas, es igualmente significativa. «Cuando muere un ballenero, se corta su cuerpo en pequeños pedacitos que se distribuyen á sus compañeros de pesca; cada uno de ellos frota con este pedazo de cuerpo la punta de su lanza, sécase despues y lo conserva como un talisman. Otras veces depositan el cadáver en una caverna que se halle situada lejos;



otras, antes de partir para la caza, se reúnen los balleneros, sacan el cadáver, lo llevan á un arroyo, lo zambullen y en seguida beben el agua del mismo.

No es esto todo; la virtud particular poseida por un agregado, no se reputa solo como propia de todas sus partes, sino que se entiende extendida á todos los objetos que le están asociados. El simulacro de este objeto se mira como una propiedad que existiría también sola, separado de los otros. De aquí procede el disgusto que muestran los salvajes cuando se hace su retrato. Piensan que esta notoria imagen suya se le lleva una parte de su vida. La creencia de los Chinuks, que se imaginan cuando se les fotografía «que su espíritu pasa por medio de esta operacion en poder de otras personas que podrían atormentarles tanto como quisieran,» ó la de los Mapuches, que creen que la posesion de un retrato da una potestad funesta sobre el original del mismo, serán ambas creencias objeto de un estudio profundo más adelante. Por de pronto, basta citarlas como prueba de los efectos que producen los conceptos de la cosa sin espíritu analítico.

Debemos mencionar todavía otro de sus efectos. No solo el retrato se encuentra inseparable de su vida, si que también el nombre de la persona. La creencia que dejan entrever los ignorantes de nuestro país, según la cual existe una relación intrínseca entre la palabra y la cosa (creencia de la cual los Griegos instruidos no pudieron tampoco emanciparse), se encuentra todavía marcada de una manera más profunda entre ciertos salvajes. De todos los puntos del mundo hemos recibido pruebas del deseo de guardar el secreto del nombre. Burton llama la atención en la circunstancia de que en general los Americanos del Norte no gustan de dar á conocer su nombre. Nos dice Smith, que en la América del Sud demuestran la misma repugnancia los Mapuches en la persuasión de que el conocimiento de su nombre da fatal poder sobre su persona. Los Chinuks expresan bien claramente el motivo de este secreto, quienes creían que el deseo que tenía Kane de saber su nombre procedía del deseo de robarles. «Para ellos, nos dice Brancoft, el nombre adquiere personalidad; es la sombra ó el espíritu ó el otro yo; es la carne ó la sangre de la persona.» Lo mismo los Dayaks del interior: cambian á menudo el nombre de sus hijos, y particularmente cuando son enfermizos; «con esta práctica imaginan que engañarán á los espíritus enemigos.» Hállase esta creencia, pero con efectos distintos, en la repugnancia que tienen ciertos pueblos en pronunciar el nombre de los muertos. Dove cuenta que los Tasmanianos temían «que por el mero hecho de pronunciar el nombre bajo el cual se conocía á un amigo difunto, se ofendiera su sombra.» Los viajeros nos enseñan que en muchos paí-

ses diferentes existe igual creencia de la cual, dicen, unas veces dan el motivo y otras no.

Presentados así los hechos, demuestran con bastante claridad la procedencia de las creencias y de la práctica del hechicero. Por todas partes se empieza por procurarse una parte del cuerpo de la víctima ó algún objeto que tocara directamente su cuerpo, ó bien reproduce su imagen: en seguida se hace á esta parte ó imagen algo que se imagine hacer á su víctima por dicho medio. Los Patagones, según indica Fitzroy, piensan que desde el momento que el mágico tiene en su poder cabellos ó uñas de un individuo, puede hacerle mal: tal es la concepción general de la hechicería. Por esta razón los Neo-Zelandos temen todos cortarse las uñas. Canon Callaway dice formalmente que entre los Amalúls «se cree que los hechiceros acaban con su víctima tomando una parte de su cuerpo, sus cabellos ó sus uñas ó cualquier cosa que hayan usado, un pedazo de vestido por ejemplo; que ellos añaden ciertas medicinas y que los entierran en un sitio secreto.» Los antiguos Peruanos hacían morir su víctima operando sobre la sangre que se les había sacado. Entre los Neo-Caledonios este poder fatal se ejerce sobre los restos de la comida de las personas que han de ser las víctimas. Probablemente deben creer que los restos permanecen unidos por alguna circunstancia con las partes que el viviente haya comido y que han venido á ser ya partes de su propia persona. Créese que

«los hombres pueden proporcionarse entre sí la enfermedad ó muerte, quemando el objeto llamado *nahak*. Esta palabra significa restos, pero en particular se refiere á la parte de alimentos que se expelen. Estos objetos ó se entierran ó se arrojan al mar al efecto de que los autores de enfermedades no se aprovechen de ellos. El hechicero creía de una manera tan firme como el pueblo, en la práctica de quemar el *nahak*. Si un artífice de enfermedades enfermaba, estaba plenamente convencido de que alguno había quemado su *nahak*.»

Podría probarse por medio de ejemplos suministrados por sociedades que han llegado á un grado de civilización más ó menos grande, que los hechizos son el producto de la creencia que señala una relación material entre una imagen y el objeto representado. Keating nos enseña que entre los Chippeues, un hechicero transfiere una enfermedad haciendo «una imagen de madera del enemigo del enfermo,» abriendo un agujero en el corazón de esta figura é introduciendo ciertos polvos. No nos creemos en el caso de tener que demostrar